



VERDADERA RELACION

DE LA PRODIGIOSA VIDA Y DICHOSA MUERTE
DEL BIENAVENTURADO

SAN ALEJO.

PRIMERA PARTE.

Cese el belicoso estruendo
de cajas y de trompetas,
ni tremolen por el aire
estandartes ni banderas.
Cese el enojo y la ira,
caigan las galas supérfluas,
y en aplaudidos elogios
florezca la penitencia
á vista de la enseñanza
que dan las divinas letras,
y á vista de los egemplos
de las vidas estupendas
de tantos Santos, que á Dios
dan lauros y gloria escelsa
en vida contemplativa,
para gozar de la eterna.
Hoy pues triunfante mi lira,
desea prudente y cuerda
dar á mi auditorio ilustre
una música discreta,
cantando de un Santo insigne
las maravillas supremas

que obró Dios, en atencion
á su vida tan austera;
pues siendo mancebo rico,
vino á morir en pobreza,
hecho la escoria del mundo
debajo de una escalera.
Ya en esto habrán conocido
quién es el Santo, y mi idea
dará principio á la historia,
para que la devocion crezca.
En tiempo del grande Honorio,
segun las historias cuentan,
gran Emperador de Roma,
un personage hubo en ella,
que llamaban Eufemiano,
hombre de mucha opulencia,
y de ilustre calidad,
junto con grande riqueza.
Casó con una matrona
muy virtuosa y honesta,
llamada Aglaes, y tambien
muy poderosa en hacienda.

Vivian los dos esposos
 en tranquila paz serena,
 muy temerosos de Dios,
 repartiendo sus riquezas
 con pobres, y para el culto
 de Dios en templos é iglesias,
 hospedando peregrinos
 con caridad muy perfecta.
 Eran cercanos parientes,
 pues la propia sangre regia
 del Emperador Honorio
 les viene por línea recta.
 Tenian pues su palacio
 con muchas torres y almenas,
 gran multitud de criados,
 de dueñas y de doncellas,
 las salas todas colgadas
 de mil géneros de sedas;
 y en fin era el fausto todo
 como de persona escelsa.
 Estos clamaban á Dios
 con ásperas penitencias,
 y con áusteros ayunos,
 pidiendo con grandes veras,
 que les concediera un hijo,
 para ser su paz completa.
 Vinieron á conseguirlo,
 que oye Dios ruegos, que sean
 para mas servirle; en fin
 dióles un niño, y se alegran
 tanto de su nacimiento,
 que no obstante que antes eran
 los dos muy caritativos,
 en esta ocasion su hacienda
 se abrió mas pródigamente
 á agradecer la fineza.
 Bautizaron pues al niño
 con alegrías y fiestas,
 y le pusieron Alejo,
 cuyo nombre se interpreta
 vara de humo, que creciendo,
 hasta los cielos penetra.
 Crióse con gran regalo
 entre pompas y grandezas,
 hollando la plata y oro,
 los terciopelos y sedas.
 Creció, y con él la razon,
 motivándolo la escuela
 de un maestro, que celoso

le enseñó todas las ciencias.
 Era querido de todos,
 dando de su sangre muestras,
 y al mismo paso sus padres
 le amaban con gran ternera.
 Tenia el Emperador
 una hija, que en belleza,
 en virtud y honestidad,
 no habia en Roma doncella,
 que no digo la escediese,
 pero que igualar pudiera
 á Sabina, que ere el nombre
 de esta singular Princesa.
 Trataron pues de casarla
 con Alejo, y él intenta
 no contradecir en nada,
 aunque tiene hecha promesa
 de guardar la castidad
 porque Dios le favorezca.
 Celebráronse las bodas
 con regocijos y fiestas,
 con músicas, con contento,
 y con espléndidas mesas.
 En fin, llegada la noche,
 que el sensual la desea
 para alhagar su apetito,
 dando á las pasiones rienda,
 nuestro Alejo entró en el cuarto
 donde estaba la Princesa,
 y con discretas razones
 la dijo de esta manera:
 Dios te guarde, hermana mia,
 de Dios criatura bella,
 en su amor, como á su esposa;
 é inclinando la cabeza,
 comenzó á decirle Alejo
 palabras dulces y tiernas,
 no de amores, sino en cosas
 de Dios, diciendo que eran
 las vírgenes mas queridas
 del Señor, y mas grandeza
 gozaban entre los Santos.
 Y en fin vino á alcanzar de ella
 el partir entonces mismo,
 por cumplir una promesa,
 á Jerusalén, que antes
 de desposarse fue hecha.
 Ella se lo concedió,
 entendiendo de que era

una capilla que en Roma
 estaba, y de allí bien cerca,
 llamada Jerusalén;
 pero él otra cosa ordena.
 Y sacando de su dedo
 una sortija muy buena,
 le dijo así: toma, hermana,
 esta sortija, que es prenda
 como dada de mi mano
 á señora tan suprema,
 porque os acordeis de mí.
 Recogió preciosas piedras,
 y joyas de gran valor,
 con cantidad de moneda:
 fue al Tiber, tomó una barca,
 embarcose luego en ella,
 salió al mar, y llegó en breve
 á desembarcar en tierra.
 Llegose á Santa María,
 una consagrada iglesia
 á Dios, y en este lugar
 dió á los pobres cuanto lleva,
 y hasta sus propios vestidos
 con un Peregrino trueca.
 En este tiempo en su casa
 toda la alegría y fiesta
 se convirtió en sentimiento,
 en pena, llanto y tristeza.
 Lloraban su padre y madre,
 sin que alivio hallar pudieran;
 envian muchos criados,
 que por partes muy diversas
 lo busquen, y si lo hallan,
 lo traigan con diligencia.
 Se queja el Emperador;
 y su esposa honesta y bella,
 suelto el cabello, despide
 clamores que al cielo llegan,
 sollozos, ayes, gemidos,
 que á los riscos y á las peñas,
 pudieran con ser tan duros,
 ablandarles su dureza.
 A este tiempo al Peregrino,
 que ya referido queda,
 viéndole con el vestido
 de Alejo, al punto lo llevan
 á presencia de sus padres
 porque diga lo que sepa.
 Contó que le dió el vestido

un jóven de muchas prendas,
 trocándolo por el suyo,
 y que postrándose en tierra,
 con la tierra se estrechó,
 llorando mucho sobre ella,
 y entre los pobres le vió
 pedir limosna. Y con esta
 ocasion le preguntaron,
 qué hacia, qué parage era?
 Y respondió que en Osidia,
 ciudad que de Siria era.
 Despacharon mucha gente
 en su busca, pero ordena
 el cielo que no le hallen,
 aunque de ellos está cerca,
 pues á todos conocia,
 sin que á él lo conocieran,
 antes le daban limosna,
 como si otro pobre fuera.
 O gran Dios! alaben todos
 tus maravillas inmensas.
 Vuélvense todos muy tristes,
 y él con su grande entereza
 prosiguió al santo sepulcro
 para cumplir su promesa.
 Mas el comun enemigo,
 que frustrar su fin intenta,
 en traje de peregrino
 con el santo Alejo encuentra,
 y despues de saludarle,
 con preguntas y respuestas
 se introdujo á hablar con él,
 y por último le cuenta,
 como venia de Roma,
 donde una noticia nueva
 habia, que un Senador,
 persona de mucha cuenta,
 habia casado un hijo
 con una hermosa doncella,
 hija del Emperador,
 y no haciendo caso de ella,
 la dejó; mas ella viendo
 su desprecio, hacia entrega
 de su cuerpo, por hacerle
 toda la posible ofensa.
 Nada Alejo le responde,
 candado á sus labios echa,
 y en manos de Dios su causa
 resignadamente deja:

suspendiendo su juicio,
su esposa á Dios encomienda;

y en otra segunda parte
proseguiré esta materia.

SEGUNDA PARTE.

Viendo el demonio que Alejo
no le respondia cosa,
y que todas sus mentiras
frustradas fueron y ociosas,
se despidió con presteza,
caminando con ansias
veras, y mas adelante
le salió ya de otra forma.
Saludáronse los dos,
platicando en varias cosas,
y por último le dijo
como venia de Roma.
Volvió á contarle lo mismo;
como Sabina su esposa
no solo traicion le hacia,
permitiendo su deshonra,
sino que premiaba á aquellos
cómplices en su traidora
intencion, y á él le premió
con una sortija hermosa.
Veisla aquí, dijo, y á Alejo
le turbó la vista toda.
Cayó en tierra, conociendo
que era la sortija propia
que al despedirse le dió
en fé de amor á su esposa.
Clamaba afligido al cielo,
pidiendo misericordia,
y el Señor le envió un Angel
que en sus penas le conforta.
El demonio huir queria,
pero el Angel se lo estorba,
de parte de Dios, haciendo
se detenga, aunque se enoja.
A Alejo le dijo el Angel:
sé firme como una roca,
prosigue lo comenzado;
aquesa sierpe horrorosa
que te hablaba, era el demonio,
que con astucia engañosa
le ha sacado la sortija
á tu virtuosa esposa;
ella es santa, y está vírgen,

aunque en su llanto penosa.
No desistas de tu intento,
y en Dios su asistencia toda
has de poner, y despues
volverás á ver tu esposa.
Yo soy Angel del Señor,
que me envia de esta forma.
Desapareciendo el Angel,
se fue el demonio á las sombras
infernales: luego el Santo
lleno de fé, el alma ansiosa,
alzó los ojos al cielo,
á Dios dió gracias, y á toda
priesa dispone el viage
al santo sepulcro, y postra
su cuerpo y cara en la tierra,
con humildad generosa,
diciendo con muchas veras,
todo lleno de congoja:
Señor mio Jesucristo,
dulce bien que el alma adora,
yo no soy digno de entrar
(el ser quien soy me lo estorva)
en vuestro santo sepulcro,
como antes no reconozca
tu voluntad; y alli estuvo
muchos dias, de la forma
que se ha dicho, tolerando
hambres, frios y deshonras,
penas, sentimientos, sustos,
y aflicciones muy penosas.
Cumplidos ya siete años,
que en oracion fervorosa
estuvo Alejo, escuchó
una voz que asi le informa:
siervo de Dios, ya eres digno,
por merecerlo tus obras,
de poder entrar en este
santo sepulcro, entra y goza
de tanto bien; pero Alejo
temió fuese la engañosa
astucia del enemigo.
Segunda vez oye otra,

que le repite lo mismo,
 y que el Señor le perdona
 sus pecados; y él entonces
 con humildad fervorosa
 visitó el santo sepulcro,
 santos lugares, y todas
 las restantes estaciones
 que en Jerusalén se notan.
 Continuó allí algun tiempo,
 padeciendo mucha inopia,
 tanto que ya su virtud
 á todos se hizo notoria;
 y por no ser conocido,
 huyendo de vanaglorias,
 se partió al puerto de Lita,
 y de una nave le informan,
 que su rumbo era á Sicilia.
 Pide al Maestre le recoja,
 este lo admite, y ordena
 que lo necesario ponga
 para comer en la nave;
 y él que nada le congoja,
 le respondió que un Señor
 liberal y de gran honra,
 á quien sirvió siete años,
 con voluntad generosa
 le socorreria en cuanto
 se ofreciese, y de esta forma
 fue admitido del Maestre.
 Al viento las velas todas
 dieron, pero á corto trecho
 se levantó una furiosa
 tempestad y cruel borrasca,
 que el buque ya al cielo topa,
 ya del mar barre la arena,
 visitando sus alcobas,
 ya burla del uracan,
 ya es cometa por las ondas,
 sin que ningun marinero
 ni piloto en tal derrota
 qué rumbo pueda la nave
 llevar, entonces conozca.
 Pasaron en fin tres dias,
 que el temporal no mejora,
 sin acordarse de Alejo,
 que en todos ellos no toma
 agua ni sustento alguno,
 llamolo el Maestre á solas,
 y le dijo: amigo mio,

mucho engaño en vos se nota,
 pues veo no os ha enviado
 de comer alguna cosa
 el Señor que me dijisteis.
 Y él con modestia gozosa
 respondió: no me ha engañado,
 pues su piedad hasta ahora
 jamás ha faltado á nadie,
 que es Señor de mucha honra,
 y no soy digno llamarme
 su criado en tanta gloria,
 que es Señor de cielo y tierra,
 y aquesta máquina toda
 con su poder la mantiene.
 Dijo el Maestre: fervorosa
 es tu fé, buen Peregrino:
 y asi pide á Dios ahora,
 que nos saque á salvamento.
 Cesó la tormenta, y toman
 el rumbo, como Dios quiso,
 y llegando al puerto de Ostia,
 desembarcaron alegres.
 Alejo se pasó á Roma,
 y llegó á su casa á tiempo,
 que el padre con mucha pompa
 de criados, á caballo
 salia, y él con zozobra,
 no sin trabajo llegó,
 diciendo de aquesta forma:
 dale limosna, Eufemiano,
 á un Peregrino, que ahora
 de tí ha llegado á ampararse,
 asi á tu casa dichosa
 traiga Dios á tu hijo Alejo,
 prenda del alma que adoras.
 Asi que Eufemiano oyó,
 que á su amado hijo nombran,
 sin sentido del caballo,
 si no lo tienen, se arroja;
 clamorean los criados,
 la madre salió medrosa,
 temiendo alguna desdicha;
 mas fue dicha muy gozosa,
 pues tuvo algunas noticias
 de su hijo, quien le informa,
 como le habia tratado
 en muchas partes, y en todas
 se le mostró muy amigo,
 pasando ambos de limosna,

y le informó de sus padres
la piedad tan generosa.
En fin les dijo palabras
tan sentidas y llorosas,
vuelto el padre ya en su acuerdo,
que la madre deseosa
de saber mas de su hijo,
casi del brazo lo toma,
y en su palacio lo mete,
donde mas informes toma
de su hijo Alejo; mas él,
encubriendo su persona,
les daba razon de todo.
La madre estaba llorosa,
tambien su esposa Sabina,
sin que alguno le conozca;
le ofrecen varios manjares,
y licores, mas él toma
solamente pan y agua,
y á quedarse se acomoda
debajo de la escalera,
sin aceptar otra honra.
Hizo morada en su hueco,
sufriendo las tenebrosas
noches y dias de frio
con resignacion pasmosa,
y otros muchos vituperios,

que agua y basura le arrojan
encima, dándole golpes,
con él jugando á pelota,
pasándose muchos dias
sin que de él hagan memoria,
para darle pan y agua,
sin que él abriese su boca.
Asi diez y siete años
llevó vida tan penosa,
hasta que su fin llegado
quiso Dios que reconozca.
Y asi pidió al camarero
con razones amorosas
recado para escribir,
y escuchando esto se asombra
de que él escribir sabiendo
pase vida trabajosa.
Dióselo, y alli escribió
su vida tan prodigiosa,
como referida queda.
Coje el papel y le dobla,
y poniendo la sortija
en el dedo, de esta forma
su espíritu á Dios entrega,
que le colocó en su gloria.
Y en otra tercera parte
se dará fin á esta historia.

TERCERA PARTE.

Habiendo entregado á Dios
su espíritu el buen Alejo,
estaba diciendo misa
el sucesor de San Pedro,
cuando despues del Prefacio
oyen una voz del cielo,
que dice: ven, siervo mio,
á gozar dichoso premio,
y el galardón del trabajo
que por mi amor y respeto
has padecido. Y despues
otra clara voz oyeron,
que de este modo decia:
id á encomendaros luego
al hombre de Dios, que pida
por todo el romano pueblo.
Y al punto, de las parroquias,
de ermitas y de conventos

empezaron á tocarse
las campanas, y al estruendo
que en toda Roma se oía,
quedaban todos suspensos.
Partiose el Emperador
y el Senado, con deseo
de encontrarlo, y no lo hallaron,
y media Roma anduvieron.
A su Santidad se vuelven
desconsolados, diciendo,
que no lo habian hallado;
y otra clara voz oyeron,
que asi decia: Enfemiano
es el que tiene dentro
de su casa este tesoro.
Causó en todos gran contento
la alegre nueva; mas él,
que presente estaba á esto,

dijo: señores, yo soy gran pecador, y no tengo este favor merecido. Mas el Pontífice, viendo tal humildad de Eufemiano, sin detenerse un momento, con todos los Cardenales, su cruz y acompañamiento, fueron allá en procesion, junto Eufemiano con ellos, el cual pensó adelantarse, y llegando allá, al momento hizo salir sus criados con luces y con inciensos, á recibir al Pastor; no cesando en este tiempo en todos la confusion, mayormente cuando vieron que cruces y clerecía al llegar se detuvieron. Al Santo Padre preguntan la esposa y madre de Alejo de tanto favor la causa; y el Pontífice supremo respondió: en el Vaticano oímos voces del cielo, que dicen que en vuestra casa está por nuestro consuelo el hombre de Dios, y asi venir á hallarle he resuelto. Si muy confusos estaban, quedaron mas cuando oyeron lo que el Pontífice dijo; nada responder pudiendo, unos á otros se miraban, mas ninguno atribuyendo á que fuese el Peregrino, que subsistió tanto tiempo debajo de la escalera. A este tiempo el camarero dijo: á no ser por ventura que sea ese pobre viejo, que es hombre de buena vida, y he observado muy atento, que los domingos y fiestas comulgaba. Y á este tiempo fue á la escalera Eufemiano, llamolo, y estaba muerto, mas reluciente que el sol,

exhalando de su cuerpo una fragancia admirable; y un papel entre sus dedos que pretendia quitarle, y no consiguió su intento. Salió fuera, y dijo al Papa, de alegría todo lleno, aqui está el hombre de Dios. Su Santidad mandó luego que al pórtico lo sacasen: hiciéronlo, y allí puesto, todos se hincan de rodillas, y el gran Sucesor de Pedro el papel llegó á tomarle, y sacarlo no pudiendo, probaron los Cardenales, y les sucedió lo mesmo. Llegose el Emperador, y sus padres tambien fueron á hacer las mismas instancias, y lo mismo sucediendo, llegó su esposa Sabina, y así le dijo: fiel siervo del Señor, por quien pasaste tantos trabajos, te ruego que ese papel no me niegues, para saber por estenso toda tu vida; y entonces abrió la mano, y el pliego le entregó, luego lo abren, y decia: soy Alejo, del Senador Eufemiano hijo legítimo. Oyendo su esposa y padres lo dicho, tal fue su llanto y lamentos, que hasta el cielo penetraban, y arrojados sobre el cuerpo, en lágrimas se anegaban, de pena heridos sus pechos. Decia el padre: ay de mí! ¡ay mezquino y triste viejo, que confiado vivia de ver vivo á mi hijo Alejo! ¿Cómo de mí te encubriste, viéndome con tal tormento, y con tal pena á tu madre, sin querer darnos consuelo? Ay de mí, triste vejez, qué atribulado me veo!

Su madre dice afligida,
 rasgando el vestido negro:
 dejadme llegar de gracia
 á ver mi hijo, que quiero
 aumentar mi triste llanto,
 y arrojar sobre su cuerpo
 estas lágrimas amargas.
 Y haciendo muchos estremos,
 sobre su hijo se arroja,
 y con muy tristes requiebros
 le decia: hijo querido,
 en qué te agravié algun tiempo
 para que así me dejases,
 pudiendo, hijo, pudiendo
 declararte, y no que allí
 moriste, como te vemos.
 Madres, las que teneis hijos,
 ¿por ventura habrá consuelo
 para una afligida madre
 en un dolor tan acerbo?
 Llegó su esposa Sabina,
 torciendo brazos y dedos,
 y habiéndole conocido
 por la sortija del dedo,
 y la señal que la madre
 dijo tenia en el pecho,
 y la carta daba indicios
 de lo pasado, allí fueron
 tales las exclamaciones,
 tal el quebranto, que entiendo,
 que á las fieras mas crueles
 les enterneciera el pecho.
 Sobre el cuerpo se arrojó
 diciendo con mil lamentos:
 triste de mí! tortolilla
 sin su dulce compañero,
 sin alegría, sin vida,
 sin alivio, sin consuelo,
 poseida de tristezas,
 con un golpe tan violento
 que todo el pecho me pasa!
 En fin tantos los estremos
 eran de padres y esposa,
 que de angustia y sentimiento
 á un mismo tiempo lloraban
 los circunstantes con ellos.

Mandó el Papa que tomasen
 en hombros el sacro cuerpo,
 llevándolo en procesion,
 á un magestuoso entierro.
 Era el concurso muy grande
 de lastimados, enfermos,
 mancos, tullidos y cojos,
 paralíticos y ciegos,
 y todos quedaban sanos,
 alegres y placenteros.
 No pudiendo caminar
 por ser el gentío inmenso,
 que les impedia el paso
 para llegar á San Pedro,
 se tomó la providencia
 de que esparciesen al pueblo
 gran cantidad de moneda,
 porque divertido en ello,
 pudiera facilitarse
 el entrarle dentro el templo.
 Con toda solemnidad
 las Religiones y Clero
 allí hicieron sus exequias,
 y habiendo tenido el cuerpo
 manifiesto trece dias,
 para que lo viese el pueblo,
 despues lo depositaron
 en la bóveda y entierro
 del Emperador, que quiso
 hacerle este fino obsequio.
 Despues su esposa Sabina
 hizo á Dios voto perpétuo
 de castidad, y cumpliolo,
 renunciando desde luego
 la pompa y toda grandeza;
 puso cilicio á su cuerpo,
 obró grandes penitencias,
 fue santa, como sabemos.
 Los padres fueron por él
 perdonados, que los ruegos
 de los Santos, con Dios tienen
 gran poder y valimiento.
 Y aqui la hermana de Lucas
 del Olmo, dá fin, pidiendo
 al auditorio perdone
 la cortedad de su ingenio.

F I N.